LANTANA
DONDE NACE EL INSTINTO

Darío Vilas

DOLMEN
EDITORIAL

Lantana-nuevo texto.indd 3 13/11/12 22:41

INTRODUCCIÓN

POR IGNACIO CID HERMOSO

¿Conoces esa sensación de encontrarte en un cuarto en silencio, a oscuras, aislado, y sentir que, a pesar de todo, hay algo que sigue bullendo a nuestro alrededor?

Un pitido átono en el oído, una marejada de fondo que nos llena la cabeza desde los pies. Abrimos los ojos y parece que estemos mirando el anverso de nuestros propios párpados. Hay un escándalo sordo que no nos pertenece en mitad de nuestro incómodo silencio.

¿Lo conoces?

Claro que sí: es la angustia. Esa abeja trabajadora, siempre escarbando en nuestro cerebro; zumbando y haciendo miel con nuestros miedos, alimentándose tan despacio de nosotros que por momentos creemos ser nosotros los que nos alimentamos de ella.

Angustia, melancolía, soledad.

El protagonista de esta novela que tienes entre las manos se parece mucho a uno de nosotros dos. Su cabeza es una colmena, y a cada párrafo nos describe uno de sus tristes aguijones. Como tú y yo somos rea-

Lantana-nuevo texto.indd 5 13/11/12 22:41

les, este personaje también lo es, y por efecto o magia del metalenguaje se va convirtiendo poco a poco en nuestra abejita particular. Esa que odiamos y a la que queremos tanto.

Zumbido, angustia, melancolía, soledad.

No sabemos qué le ocurre. Tal vez no le pasa nada. Simplemente vive y está pagando ese peaje por vivir. Me recuerda mucho a uno de nosotros dos, digo, porque ese peaje es, quizá, demasiado familiar para ti y para mí: el precio de no dormir bien; el de la mezcla de miedo, nervios y miel; el de dejar que algo impreciso se nos cuele por la nariz y nos haga suspirar constantemente.

En mi mundo no hay zombis. En el tuyo puede que tampoco los haya. En el de Lantana acaban apareciendo y no sabemos si hay alguien que se alegre por ello o no. Los zombis, al fin y al cabo, acompañan. Hacen patria con sus bocados, nos llevan a un reino de carne a través de sus ríos de saliva. En esta novela aparecen, digo, pero tal vez demasiado tarde. Para cuando el protagonista los necesitaba, solo encontró silencio; y ahora que no los quiere, se le aparecen y le arruinan el castillo de vida que se estaba construyendo en el aire. Entre medias, tú y yo hemos venido sufriendo ese zumbido constante y ya estamos perdidamente enamorados de él. Ya sabes, el de la abeja trabajadora encerrada entre nuestras meninges.

Zumbido, angustia, zumbido, soledad.

La soledad también muerde. El hecho de estar rodeado de gente no mata a la soledad. El amor engaña a la soledad. La soledad acaba matando al amor, a la compañía, a la gente, al hecho de saberse rodeado.

Lantana-nuevo texto.indd 6 13/11/12 22:41

Darío Vilas ha creado con *Lantana: donde nace el instinto* un aparte en el mundo Z, un resquicio reservado para el hombre y sus bocados al aire. Es quizá algo lógico dado su recorrido en el mundo de la literatura, pues Darío destaca entre el maremágnum de autores por una doble característica: esa sensibilidad especial para entender los caprichos del hombre y una vocación épica que da como resultado un mapa estridente, alegórico y demasiado real como para ser pasado por alto. Así pudimos descubrir la mentirosa y frenética Amalgama en *Instinto de superviviente*, estamos a punto de entrar en la desértica y melancólica Lantana en este volumen que nos ocupa, y regresaremos a la mítica y pútrida Simetría en el libro que cerrará la trilogía. Es, por tanto, un autor de mapa de sentimientos, de universo propio que permite constantes dobles lecturas. Es, de hecho, un «faro» en mitad del océano de tópicos, que nos guía por caminos crudos, pero también más satisfactorios.

Ahora bien, me gustaría dejar claro qué es lo que el lector va a encontrar en estas páginas. O, mejor, qué es lo que no va a encontrar. Para ello recurriré a una especie de fábula con pies cinéfilos, a una contraposición de teorías un tanto simplistas. En *Dawn of the dead*, los muertos vivientes asaltaban un centro comercial. Esos seres pútridos representaban el cadáver del consumismo, y los humanos encerrados en su interior eran las víctimas propiciatorias de aquella comedura de cerebros y de tarros: conejillos de indias para el ataque indiscriminado de tanta marca y tanto producto que no necesitaban. Esa tesis la conocemos todos a estas alturas: el hombre contra las equivocaciones de

Lantana-nuevo texto.indd 7 13/11/12 22:41

su sociedad, de su política y de su peculiar progreso. Pues bien, os contaré mi teoría sobre *Lantana: donde nace el instinto*, la obra de Darío Vilas, apicultor que ha rechazado llevar protección: En Lantana hay un único supermercado. Hay un único comprador sin hambre. Ese comprador recorre los pasillos y no escucha más que el sonido de las ruedas de su carrito al girar y girar sobre el linóleo. Está solo y suspira. Se rasca la cabeza preguntándose por qué está ahí, si acaso es lo correcto o lo que se espera de él. Observa los estantes y descubre que tampoco le apetece demasiado comprar. Vuelve a suspirar. A su espalda, de repente, se cae un cartón de cereales. Se gira para mirar.

Puede que, con suerte, haya sido un zombi.

Ignacio Cid
14 de agosto de 2012

Lantana-nuevo texto.indd 8 13/11/12 22:41

Dedicado a mi hijo Xián

Lantana-nuevo texto.indd 10 13/11/12 22:41

La existencia siempre va acompañada
de un inevitable sonido de fondo llamado
angustia, que solo soportamos a medias.
Julio Medem
Tierra

Lantana-nuevo texto.indd 12 13/11/12 22:41

PRÓLOGO

A pesar de que el sol todavía no había mostrado intención de asomar por el horizonte, el niño permanecía despierto en la cama, absorto, recordando el modo tan abrupto en que las cosas podían cambiar de un momento a otro.

Menos de veinticuatro horas antes, su abuela estaba tirando de sus piernas para conseguir levantarlo de la misma cama de la que ahora no quería salir por nada del mundo. Como siempre, lo llamó perezoso y le recriminó que nadie en la familia lo había sido nunca, que era nieto e hijo de hombres trabajadores, y que si seguía así se convertiría en la oveja negra de la familia. Entonces la odió un poco —muy, muy poquito— porque lo único que quería era echar una cabezadita más, cinco minutos para atemperar el cuerpo y el ánimo, en lugar de saltar a un nuevo día como si no hubiera mañana. Y pensaba que mañana sería igual.

Pero al día siguiente todo había cambiado, porque la abuela, que siempre había dormido en la cama más grande de la casa, yacía inmóvil en un angosto lecho de madera con el interior acolchado, colocado en me-

Lantana-nuevo texto.indd 13 13/11/12 22:41

dio del salón para que toda la familia pudiera llorar su ausencia. El niño, sin embargo, no la notaba ausente. Desde su cuarto podía percibir la presencia de su cuerpo inerte, vestido con la ropa de misa y fiestas de guardar, aquella que la abuela se quitaba en cuanto volvían a casa porque se le hacía incómoda. Y ahora se quedaría con ella para siempre.

Claro que él no la había visto, porque su madre y sus tías se encargaron de los preparativos, ya que hasta el amanecer no empezarían a llegar todos los familiares para velarla. El niño no sabía qué significaba aquella palabra, la escuchó desde su cuarto porque le dijeron que debía acostarse temprano, que el día siguiente sería muy largo y tendría que madrugar, que a su abuela no le gustaba que fuera perezoso y que no querría disgustarla el día de su propio entierro.

«Si está muerta, ¿cómo va a disgustarse?», pensó el pequeño.

Recordó sus manos, arrugadas y venosas, hipnotizadoras. Nunca supo por qué, pero las manos de su abuela le transmitían serenidad. Se sentía protegido cuando las estrechaba, cuando recorría sus arrugas con sus pequeños deditos, descubriendo cada nueva grieta que surgía en ellas, trazando y memorizando su mapa interminable. No era capaz de concebir que ya no pudiera volver a hacerlo nunca más.

Se arrebujó entre las mantas. Los primeros rayos del sol por fin asomaban a lo lejos, diluyendo con su fulgor áureo el azul marino del final de la noche, sin llegar a mezclar esos colores en un verde improbable. Pronto aparecería alguien para despertarlo y le llevaría a ver a su abuela por última vez. Pero no quería hacerlo.

Lantana-nuevo texto.indd 14 13/11/12 22:41

Mientras lo vestía, le lavaba la cara y lo peinaba, el niño no podía dejar de mirar a su madre, que realizaba las tareas como una autómata, como si su alma también hubiera abandonado su cuerpo para acompañar al de la abuela. Su rostro mostraba las señas inequívocas del agotamiento de la noche en vela que había pasado llorando la pérdida, pero sus movimientos eran decididos y precisos, y en unos minutos tuvo listo al pequeño.

Sin mirarlo a los ojos, se acuclilló frente a él para darle instrucciones. Le pidió que fuera respetuoso, que cuando bajasen al salón le diera un beso de despedida a la abuela y después se sentara al lado de sus padres y asintiese con la cabeza cada vez que alguien se acercara a darles el pésame.

La idea de besar el cadáver de su abuela se le antojó en cierto modo siniestra, pero no fue capaz de confesar que le daba miedo acercarse, que no quería verla muerta, y mucho menos tocarla o besarla. Prefería recordarla tal y como la había visto por última vez, antes de irse al colegio: enérgica, malhumorada pero cariñosa, como siempre había sido desde que el niño tenía uso de razón.

No pudo reunir el valor para hacerlo, y el momento se acercaba.

Su madre bajó primero, convencida de que el niño la seguiría de inmediato. Pero este permanecía anquilosado frente al tramo de escaleras que separaban el mundo, tal y como lo había conocido hasta ahora, de la profundidad abisal del piso inferior, donde le aguardaba el fin de la existencia. No de la suya, pero sí de

Lantana-nuevo texto.indd 15 13/11/12 22:41

otra que le obligaba ahora a reconocer por primera vez el inevitable destino que lo aguardaba.

Descendió un peldaño y la inercia ya le impelió para que llegase hasta el último, que representaba la frontera de su nueva existencia. Cuando lo alcanzó, acuciado por su progenitora, recorrió la garganta del largo pasillo de su casa y se detuvo justo antes de ser vomitado por la boca del lado contrario. Desde ese punto comprobó que los familiares que ya habían llegado (o que no se habían marchado) formaban un coro acompasado de lamentos y lloros respetuosos alrededor del féretro, como si se hubieran coordinado en una respiración única que evidenciaba quiénes eran los vivos y quién la muerta. Cada cierto tiempo, como si se tratase de una actuación ensayada, alguno de los presentes rompía la cadencia, alzando su quejido por encima del volumen del resto, y alguien se acercaba para consolarlo.

El niño observaba y analizaba desde el quicio de la puerta sin atreverse a dar el paso definitivo al interior. Quizá nadie reparase en él y se pudiera librar de tener que ver el cuerpo sin vida de la abuela.

Pero su madre, siempre atenta a todos los detalles, apareció a su lado de improviso (¿se había alejado en algún momento?), con esa cualidad etérea recién adquirida que imposibilitaba intuirla con la suficiente antelación para evitarla.

Sin mediar palabra, empujó al pequeño, suave pero firmemente, hasta dejarlo frente al ataúd abierto.

En ese instante, el niño quedó sumergido en la imagen que apareció frente a él. No era su abuela, de eso no tenía duda alguna. Sí, compartía los rasgos, eran su pelo y su cara, incluso intuía que detrás de los párpa-

Lantana-nuevo texto.indd 16 13/11/12 22:41

dos sellados estaban sus ojos, pero el conjunto estaba demudado, formaba una amalgama imposible de aspecto cerúleo. Le recordaba a las figuras que el año anterior había visto en el museo de cera. Representaban a personas conocidas, famosas, aunque siempre había algo en aquellos rostros moldeados que no terminaba de encajar, y parecían lo que ahora le evocaba la figura de su abuela: una mala imitación.

Entonces reparó en las manos. El color era algo distinto, más lívido, aunque reconoció en ellas las intrincadas carreteras de venas y surcos que tanto lo hechizaban. Y ya no pudo reprimir las lágrimas, que comenzaron a brotar sin previo aviso, sin las señales habituales en forma de picores en los ojos.

Quería tocarla, volver a sentir el tacto de su piel, recorrer de nuevo con la yema de su dedo índice la larga estría que le nacía casi al borde de la palma y que llegaba hasta la muñeca, donde se bifurcaba en varios afluentes más pequeños que formaban una pulsera permanente a su alrededor. Solo el miedo irracional a que abriera los ojos y le reprendiese por despertarla se lo impedía.

La sala había quedado en completo silencio, sentía las miradas de los presentes como losas apiladas sobre su nuca, alentándolo a hacerlo, invitándole a que extendiese el brazo y ejecutase su particular ceremonia de despedida. Pero no era cierto, los gemidos y lloriqueos rítmicos seguían allí, aunque el niño estuviera tan abstraído que ya no los escuchara.

Por fin reunió la determinación para hacerlo; decidió que acariciaría sus manos por última vez y así podría descansar tranquilo, sintiendo que la honraba a su

Lantana-nuevo texto.indd 17 13/11/12 22:41

manera. Después podría unirse al resto y llorar como era debido la pérdida.

El tacto era el mismo, solo que faltaba la calidez que siempre había emanado, y esto le hizo volver a pensar en que lo que estaba frente a él no era más que un remedo de la mujer que hasta el día anterior había sido su abuela.

En ese momento algo llamó su atención. ¿Era posible que hubiese percibido movimiento en los dedos del cadáver? Aturdido por una sensación brumosa, el niño comenzó a retirar su propia mano con cuidado, como si la delicadeza exorcizase el embrujo que le había provocado aquella alucinación.

Antes de que pudiera retroceder por completo, los dedos de su abuela se separaron, alzó la mano y lo atenazó por la muñeca ante su estupor. Acto seguido, se incorporó en el ataúd y con la otra mano hizo presa en el cuello del pequeño, que en su desconcierto fue incapaz de articular palabra o emitir sonido alguno.

Un gruñido ahogado, imposible de expeler a través de la boca sellada de la anciana, consiguió hacerse oír, mientras los globos oculares daban vueltas frenéticamente detrás de aquellos párpados que no podía separar a causa del adhesivo que le habían aplicado al embalsamar su cadáver.

Bajo la mirada subyugada de los familiares, que no hacían ademán alguno de intervenir, la difunta soltó la muñeca de su nieto y se llevó la mano libre a la boca. Pegó un fuerte tirón del labio inferior para reabrir la cavidad bucal, dejándose parte del mismo colgando del tubérculo superior, para hundir a continuación sus dientes en la mejilla del pequeño.

Lantana-nuevo texto.indd 18 13/11/12 22:41

El orfeón se rompió entonces, dando lugar a un clamor de insania que reverberó en cada rincón de la estancia.

Mientras tanto, en el exterior, un pitido punzante refrendaba el nuevo orden.

Lantana-nuevo texto.indd 19 13/11/12 22:41

Lantana-nuevo texto.indd 20 13/11/12 22:41

LANTANA

CAPÍTULO UNO

Recuerdo el sonido de la soledad en mi infancia. Encerrado entre las cuatro paredes del cuarto oscuro de mi imaginación, desde donde observaba al resto de los niños, tan ajenos a mi existencia que me parecían de otra especie.

Mis padres fueron colaboradores voluntarios de mi aislamiento. Testigos mudos que no paraban de hablar sin llegar a decir nada, como si mi presencia no se percibiera o como si su ausencia no fuera real. Más que dos personas, eran un eco que se resistía a dejar de rebotar en las paredes de mi vida, obligándome a escucharlos sin poder interactuar con ellos, como todos los demás niños que cada día se despedían de otros padres a la puerta de un colegio al que no consigo recordar ni cómo llegué. Quizá siempre hubiera estado ahí.

Profesores como hologramas, recitando enseñanzas que retuve a duras penas para cumplir unos trámites que en realidad tampoco había pactado, y sobre los que probablemente nadie me iba a pedir que rindiera cuentas.

Lantana-nuevo texto.indd 21 13/11/12 22:41

Siempre solícito, llegaba a casa al final de cada trimestre (por mi propio pie, porque a mí nadie me esperaba a las puertas del colegio) y entregaba a los espectros tangibles el boletín con unas notas ajustadas pero diligentes. A cambio, estos me obsequiaban con una sonrisa dibujada y un gesto de aprecio vacuo que se me hendía en el pecho, dejándome una herida que tardaría otros tres meses en cerrarse y una cicatriz de por vida. Después, vuelta a empezar.

Representé mi infancia con rigor y los demás me obviaron con naturalidad.

Pero, sobre todo, hubo un tiempo en que tuve miedo.

El tren traqueteaba por mi pecho con ritmo sincopado, acorde con el paisaje que íbamos dejando a nuestro paso. Vías, casas, prado, río, edificios, carretera. Repetimos. Vías, casas, prado, río, edificios, carretera. Reordénese al gusto.

Este viaje podría haberse resuelto en poco más de hora y media de avión, pero hubo un tiempo en que tuve miedo, y todavía llevo la sensación adherida en la pared posterior de mi cráneo como un *post it*. Así que me decidí a viajar por raíles, que son unas pautas marcadas, un trayecto seguro que solo se sale de su recorrido si alguien altera el protocolo establecido.

No sería yo.

Por esto, en lugar de hora y media, tuve que pasarme quince encerrado en una cabina de metal, más concretamente en uno de esos compartimentos con tres estrechas literas a cada lado.

Me tocó la de arriba. Previsible, porque era la que estaba más aislada del resto de los pasajeros, a quie-

Lantana-nuevo texto.indd 22 13/11/12 22:41

nes solo podía ver asomándome por el borde, siempre con el riesgo de caer. Por encima de mí, a poco más de medio metro de mi cara, si me tumbaba boca arriba, estaba el techo del vagón. A mi derecha, la pared. A mi izquierda, las tres personas con las que compartía el viaje, les gustase o no.

A mí me daba igual.

Cuando nos subimos al tren en la estación de Pontevedra, las literas estaban replegadas y, a pesar de que era de noche, ninguno quería ser el primero en hacer el gesto de acomodarlas. Yo, por indiferencia; me imagino que ellos, por la costumbre mundana de esperar a que fuera otro el que diera el primer paso.

En un momento inconcreto, me levanté del asiento para comprobar el número de litera que tenía asignado, aunque mi intuición me decía que lo único que debía saber era si se situaba a la izquierda o a la derecha. Los demás se tomaron esto como una invitación, se incorporaron y cada cual preparó su catre como si fuera una señal acordada.

Todos a la cama, que ya es de noche.

Sin embargo, la invitación a acostarse lleva implícita la licencia de charla, así que dos de los pasajeros, unos chavales de apenas veinte años, comenzaron con una cháchara incesante en supuestos susurros que perforaban mis tímpanos como gritos mal disimulados.

Mi compañero de debajo, un tipo tosco que se había mantenido en completo silencio hasta ese momento, creyó conveniente darles réplica desde su sitio, y al poco rato ya estuve al corriente de lo que había dado sus vidas hasta ese preciso instante. Es una necesidad, casi como respirar, así que decidí participar del ritual.

Lantana-nuevo texto.indd 23 13/11/12 22:41

El tipo tosco nos contó que era guardia civil como si nos soltase una diatriba. Los dos chavales intercambiaron algunas palabras en voz baja que no alcancé a escuchar, pero las puse en contexto cuando nuestro miembro de la benemérita les dijo:

—No os preocupéis por eso, no estoy de servicio. Tenéis una imagen muy mala del cuerpo; yo también fumo.

Así que, tras cruzar opiniones sobre la marihuana (tema del que quedé un tanto descolgado porque solo la fumé una vez y me volvió invisible) llegó mi turno de presentación.

Empecé con una frase estándar:

—Me llamo Nacho y voy a Lantana para trabajar en la fábrica de recipientes.

Después de eso, no sé lo que conté, ni puedo reproducir lo que escuché. Necesitaba sentirme un poco menos solo; hubo un tiempo en que tuve miedo a ser ignorado y ahora aprovecho cada congregación que se me pone a tiro. Después me sentí más aislado que nunca, porque asomarme para hablar me mareaba, así que tenía que hacerlo enviando las ondas sonoras de mi voz al techo del vagón, que parecía absorber mis palabras. Me pregunto si alguien habrá escuchado lo que dije.

Tan repentinamente como habían empezado a hablar, se quedaron dormidos en medio de uno de mis soliloquios. Entonces tuve tiempo para repasar mentalmente (aunque podría haberlo hecho a voz alzada) los motivos de mi viaje sin retorno.

Confieso que antes me atemorizaba un poco encontrarme conmigo mismo, pero con el tiempo lo he ido

Lantana-nuevo texto.indd 24 13/11/12 22:41

dominando. Ahora, cuando me asusto, ya no necesito abofetearme. Me reprendo y sigo con lo que estaba. Capacidad de concentración.

Como en este momento, que me voy por las ramas y ya me obligo a volver al tema que estaba tratando.

El motivo de mi viaje, mi destino (el real, el físico, el punto exacto en que el tren se detendría y tendría que apearme).

Lantana.

El sueño me pilló desprevenido. Es algo que solo me pasa cuando no tengo intención de pegar ojo en toda la noche. La traición del tedio, que espera su momento para atacar.

Cuando desperté me encontré con que mi litera era la única que estaba todavía desplegada. Las otras tres ya descansaban enganchadas a los soportes de las paredes del vagón, y mis tres compañeros permanecían sentados en el asiento frente a mí, con evidentes síntomas de ebriedad y las pruebas tangibles de este estado en forma de botellas de licor vacías apiladas a un lado y colillas de porros en un bote de cristal.

Esto me dejó un poco descolocado. ¿Cuándo se habían despertado? ¿Cómo era posible que tres personas se levantaran de sus catres, los recogieran y se agarrasen una cogorza en un habitáculo de poco más de dos metros cuadrados sin que yo me enterase de nada?

Me bajé de la litera y la coloqué en la misma posición que el resto. Después me senté en el asiento contrario, ya que los otros tres ocupaban todo el largo del suyo, y me sentí fuera de lugar en el grupo. Me faltaban unas cuantas copas y otras tantas confesiones etílicas de

Lantana-nuevo texto.indd 25 13/11/12 22:41

madrugada para ponerme a la altura, y teniendo en cuenta que llegaríamos a Lantana en un par de horas, ya casi lo iba a dejar pasar.

Así que dediqué ese tiempo a mirar el paisaje por la ventanilla (vías, casas, prado, río, edificios, carretera) con el sonido de sus risas como telón de fondo.

Sospeché que se burlaban de mí, así que, tras disculparme por nada, salí del cuartillo con destino al baño. Tenía que hacer la primera evacuación del día, pero me impulsó más la curiosidad de comprobar si presentaba el mismo aspecto que antes de quedarme dormido. Me conozco demasiado bien el tema de las bromas de borrachos.

Creí que esto estaría superado hacía tiempo, pero la verdad es que sentía un terrible bochorno imaginándome mi rostro garabateado con obscenidades o con bigotes y adornos varios hechos con rotulador permanente que no podría borrar hasta que llegase a la habitación de hostal que había reservado antes de salir.

Pero no tenía nada. El aspecto era casi el mismo, lo único que había variado era la composición de mi semblante, que estaba algo oblicuo por el efecto de unas rayas marcadas de lado a lado de la cara, impresas por mi manta de viaje mientras dormía.

Desanduve el trayecto por el pasillo del vagón y volví a mi sitio. Allí ya no estaban los otros viajeros, aunque sí sus equipajes, en los mismos lugares que habían ocupado en sus asientos.

Por extraño que resulte, ya no volví a verlos, ni siquiera al apearme en la estación de Lantana.

Mi destino.

Lantana-nuevo texto.indd 26 13/11/12 22:41

Al bajar del tren respiré un aire distinto. Un fin y un comienzo a la vez. El lugar en el que todo pasaría. Porque antes no había pasado nada.

Hasta mi llegada a la ciudad, la información que tenía de Lantana era más bien escasa. Había leído en Internet algunas cosas y también busqué fotografías. Las que más me impactaron fueron las del desierto de Perlada, que se extendía a las afueras de la urbe como una sábana retirada que estuviera esperando a que alguien la tendiese sobre la cama de cemento y hormigón en que se había convertido el otrora pueblo.

El crecimiento del municipio se había acelerado en las últimas dos décadas, primero por la apertura de una conocida empresa conservera y, al poco, por la llegada de una multinacional que levantó una enorme fábrica de envases y recipientes de metal. La más grande de Europa, o eso ponía en el *dossier* informativo que me enviaron por correo electrónico desde la empresa, en respuesta a la solicitud de empleo que les remití por la misma vía.

Aparte de esto, la región era conocida por el sondeo geotécnico que se estaba llevando a cabo en el mismo desierto. Una perforación cuyos fines no conseguí dilucidar en ninguna de las páginas web que trataban el tema. Lo más que pude averiguar era que había comenzado en 1991 y que el objetivo era llegar hasta los 14,4 kilómetros de profundidad; justo donde se calcula que se encuentra el magma terrestre. Veinte años después, si las fuentes que consulté estaban actualizadas, habían conseguido batir el récord anterior, establecido en poco más de doce kilómetros, y se afanaban por de-

Lantana-nuevo texto.indd 27 13/11/12 22:41

sarrollar una variante de la máquina perforadora que soportase las altas temperaturas que se encontraron a esa profundidad.

Resumiendo, me hallaba en un lugar del mundo que albergaba un compendio de cambios fascinantes, una mezcolanza incierta. Por un lado, estaban los nativos del pueblo, que tenían el recelo incrustado en los sentidos y, por otro, los habitantes de una ciudad que se había erigido encima de lo que poco más de dos décadas antes había sido el pequeño pueblo de casi dos mil desconfiados. El recuento del censo del año anterior cifraba en unos ciento veinte mil los ciudadanos empadronados en Lantana. Esto sin contarnos a los que íbamos llegando con cuentagotas para trabajar, bien en la conservera, bien en la fábrica, y que ni nos tomábamos la molestia de empadronarnos, salvo que fuera requisito imprescindible por algún motivo burocrático.

A mí nadie me lo pidió, pese a que mi intención era quedarme allí para siempre. No porque hubiera encontrado el trabajo de mi vida (vida y trabajo son dos conceptos que siempre van unidos, pero no dejan de ser polos opuestos que se repelen y nos empeñamos en juntar), más bien porque no se me perdía nada en la otra punta del país.

No me voy a engañar, me encontraba de nuevo a punto de pasar por el aro de una parodia de la vida. Aunque tampoco puedo negar que me embargaba una creciente emoción ante lo nuevo que resultaba todo aquello para mí. Las posibilidades que creía que me brindaba Lantana y que nunca llegarían a concretarse de la manera que imaginaba.

Lantana-nuevo texto.indd 28 13/11/12 22:41

De antemano, había establecido un orden de tareas prioritarias a mi llegada, así que decidí no perder tiempo y me puse a ello de inmediato.

Primero, buscar el hostal céntrico en el que había reservado una habitación para pasar los primeros días, mientras acondicionaba el piso que había alquilado por mediación de una agencia inmobiliaria. Tenía asignada una cita para el día siguiente con un tipo llamado Iván Moscardó, que me esperaría en una cafetería próxima al hostal para llevarme hasta el inmueble, situado a las afueras, en el límite con el desierto (mucho más barato que las viviendas de la ciudad).

Una vez desembarazado del escaso equipaje que portaba, me tocaría acercarme hasta las oficinas de la empresa, en las que tenía que cumplimentar una ficha para que me entregaran la tarjeta identificativa de acceso a la nave. Un pasaje en primera clase a la alienación, con derecho a un uniforme gris cemento que me volvería indistinguible del resto de pasajeros, hasta el punto que llegaría a dudar cuál de ellos era.

Por último, mi intención era callejear por mi nuevo entorno, familiarizarme y dejarme ver como novicio por la zona que supuestamente me acogería con los brazos abiertos, como a todos los nuevos obreros que llegaban dispuestos a contribuir. De eso se trataba, de continuar con la cadena, de aportar al crecimiento de Lantana formando parte del enjambre. Cargar, transportar, depositar la miel y saludar a la reina con una reverencia.

Lantana-nuevo texto.indd 29 13/11/12 22:41

Tan pronto me interné en la ciudad, pude vislumbrar los signos inequívocos de su creciente prosperidad: multitud de nuevos y modernos locales de ocio, proliferación de bazares orientales, personas de diversas razas y nacionalidades deambulando por sus calles. Un pueblo considerable que poco a poco se convertía en una gran urbe.

Un taxi me dejó a las puertas del vetusto hostal, que en directo parecía mucho más pequeño que en la foto de su web, estratégicamente enfocada para que adquiriera dimensiones exageradas.

El nombre de la calle, Paseo Principal, denotaba que la intención era poner las cosas fáciles. No tenía ni idea de dónde estaría mi edificio, pero ya me imaginaba que en alguna Travesía Alejada, Límite de la Ciudad o Culo del Mundo. Supuse que la ciudad tampoco tenía suficiente historia como para adjudicar a las calles nombres de vecinos ilustres.

Confirmación: Hostal Principal. Dos estrellas regaladas o sin contrastar. Una vez traspasada su puerta, se accedía a un recibidor tan minúsculo que pensé en quedarme bajo el dintel para dejar espacio al miembro del personal que saliese a recibirme.

No fue necesario, porque la anciana, que apareció de la nada al escuchar la campanilla que pendía del techo y sonaba al chocar con la puerta, era tan liviana como un suspiro contenido. El contraste se establecía al hablar, porque de aquel cuerpo anecdótico emergía un torrente de voz de una resolución absoluta, como la arenga de un sargento militar.

Me miró de arriba abajo, sin disimular una mueca de desaprobación, y espetó:

Lantana-nuevo texto.indd 30 13/11/12 22:41

—Eres Nacho.

No fue una pregunta, lo afirmó con la seguridad del que te saca varias vueltas de ventaja en la carrera de la vida, como si lo llevara tatuado en la frente o como si mi nombre fuera tan representativo de la imagen que proyecto que no diese pie a alternativa alguna. Tal vez sea así, quizá yo sea la abreviatura de un ser humano indigno de un nombre completo.

—Sí, soy Nacho, reservé una habitación por teléfono. —Evidencia para romper el hielo que escarchaba su semblante.

—Ya. Necesito el carné de identidad. —Se lo extendí y la mujer se puso a cubrir a mano, con una caligrafía de trazos enormes y torcidos, una fotocopia que hacía las veces de ficha, mientras continuaba hablando—. El desayuno lo servimos entre las ocho y las diez. Si no te levantas a esa hora, puedes tomar algo en el salón.

Eché un vistazo a la zona que señaló con una mirada fugaz, como si en realidad ya tuviera que saber dónde estaba. El «salón» era un cuartucho situado entre el minúsculo recibidor y el pasillo que daba acceso a las habitaciones de la primera planta. En él había una mesita baja rectangular sobre una alfombra tan ajada como superflua, y un par de sillones colocados al azar o desplazados por el uso. Comprobé que el desayuno que uno podía tomarse fuera de horas de comedor consistía en café frío y una caja de pastas de una marca extranjera que no conocía y que nadie se atrevió a tocar en los días que pasé en aquel hospedaje.

—No hay minibar en las habitaciones, pero no me importa si quieres traer comida de fuera. Casi mejor,

Lantana-nuevo texto.indd 31 13/11/12 22:41

porque nadie come aquí, y si quieres el servicio tenemos que cocinar expresamente para ti. —Esto lo aclaró levantando al fin la vista de la fotocopia y clavándome una mirada con la que parecía desafiarme.

—No será necesario, comeré por ahí —contesté vencido.

Entonces apartó la vista de nuevo, se tomó un instante para comprobar que los datos estaban transcritos correctamente y me devolvió el carné para a continuación hacerme entrega de una llave que sacó directamente del bolsillo de su delantal de faena. Detrás del mostrador no había compartimentos para los juegos de llaves.

—Si sales, te puedes llevar la llave; si la dejas aquí, que sea porque no tienes previsto llegar de madrugada, no me levanto para abrir a nadie. La habitación está subiendo por la escalera que hay al fondo del pasillo de esta planta.

Asentí, di las gracias sin atreverme a replicar ninguna de sus instrucciones, sin intención de pedirle que me acompañara, y desaparecí deglutido por la laringe del pasillo, que me masticó después con los dientes de su estrecha escalera y me escupió al piso de arriba con un desdén heredado de la mujer que acababa de atenderme.

Entré en mi habitación y me di de bruces con un nuevo contraste: un cuarto minúsculo pero impoluto, del que hasta las motitas de polvo que bailaban en el haz de luz que se filtraba por la ventana parecían estar emprendiendo la huida. La cama vestía unas ropas viejas pero limpias que desprendían un agradable y suave aroma a suavizante. Por lo demás, solo había una pe-

Lantana-nuevo texto.indd 32 13/11/12 22:41

queña mesilla de noche a la izquierda de la cama y un modelo de televisor antiguo con un receptor de TDT encima que lo hacía parecer un anciano con la gorra de su nieto adolescente.

Ni rastro del cuarto de baño. Más tarde descubrí que compartíamos dos entre todos los huéspedes de cada planta. Algo que, por supuesto, se había omitido en la información de la página web.

Metí la maleta en el armario sin sacar nada de su interior y me senté en la cama. Antes de darme cuenta, fui abducido por ella; me atrajo y me narcotizó con su fragancia de bienestar.

Desperté varias horas después. Demasiadas. El reloj de mi móvil anunciaba que ya era última hora de la tarde.

Lantana estaba consiguiendo algo inaudito hasta aquel momento de mi vida: que durmiese a pierna suelta y por sorpresa, sin intuir el sueño.

Pero la cuestión es que se me hacía tarde para ir a las oficinas de la fábrica a rellenar los impresos. Me habían avisado de que cerraban a las ocho, y ya eran casi las siete y media cuando conseguí salir del sopor. Habría empalmado con la noche sin ningún problema si no hubiera sido porque la cita ya estaba acordada y no quería empezar con mal pie en la nueva empresa. Tiempo tendría después de dar pasos en falso.

Así que no me demoré en nada más que en dedicar unos minutos a asearme para intentar, sin éxito, eliminar las huellas de mi larga siesta en uno de los baños de la planta. Pero el espejo no fue indulgente,

Lantana-nuevo texto.indd 33 13/11/12 22:41

me mostró la realidad sin filtros. Más me valía espabilarme por el camino.

Lo mejor para eso era hacer el trayecto a pie, así que cogí el callejero que había imprimido antes de salir de Pontevedra y me dispuse a recorrer las cuatro manzanas que me separaban del complejo de oficinas a la carrera y en menos de veinte minutos. Mala decisión; al final tuve que coger un taxi cuando faltaban apenas diez para la hora de la cita.

Le di la dirección al taxista sin facciones que estaba al volante del coche, y sin avisarme al respecto, recorrió las tres calles de distancia en apenas medio minuto. Andando me habría llevado cinco a lo sumo.

Paró el taxímetro en la tarifa mínima, que por descontado no había superado, me cobró sin volverse en ningún momento, y me bajé del vehículo sintiéndome estúpido.

Como era de esperar, las oficinas eran la antítesis del hostal. Estaban ubicadas en un moderno edificio acristalado de ocho plantas, compartido por casi todas las empresas de la ciudad. Al lado, un viejo inmueble de piedra de tres pisos, un delirio urbanístico propio de la falta de planificación, o idea de algún profesional desquiciado o genial, según el prisma que quisieras aplicar al observarlos.

La primera planta era propiedad de la que estaba a punto de pasar a ser mi empresa; tenía cuatro despachos, como pude comprobar en los buzones que rezaban su nombre: Metalpacker. Muy llano y apropiado, como todo en Lantana. Lo extraño es que la empresa matriz era extranjera, pero había encajado como una pieza más del puzle deslavazado de aquella ciudad.

Lantana-nuevo texto.indd 34 13/11/12 22:41

«Primera planta, oficina 2. Preguntar por Juan Manuel Tagle», llevaba anotado en una servilleta desde que me llamaron para confirmar que me daban el trabajo. Tagle era un apellido tan poco común como ordinario su nombre compuesto. No podía ser de otra manera, no al menos en este lugar.

Pulsé el timbre y la puerta se abrió con un zumbido metálico. Sistema automático para hacernos la vida más fácil o todo lo contrario, según las intenciones de la visita. Una prueba de la suficiencia y fatuidad de las grandes empresas, que se saben inmunes a los ataques del obrero.

Tras acceder a la oficina me desorienté por un instante. Esperaba toparme con una recepcionista detrás de un mostrador, a la que daría mis datos y me acompañaría hasta el despacho correspondiente. En lugar de eso, me encontré ante un largo pasillo de paredes completamente blancas y puertas a juego, sin saber en cuál de ellas se me esperaba.

Avancé con cautela por el pasillo, como si mi presencia, requerida por la propia empresa, supusiera una molestia para los ocupantes de los despachos gemelos que se extendían por todo el recorrido.

Entonces se abrió una de las puertas y asomó un rostro perfectamente esculpido, como el de una estatua griega, coronado por una mata de pelo con corte a la moda, fijado con un gel que lo mantenía en la posición «modelo de peluquería» para todo el día. Ocho de la tarde y el peinado inamovible, como el gesto de su portador.

—Pase, por favor —me indicó, asomando parte del cuerpo y haciendo un gesto de cortesía ensayado.

Lantana-nuevo texto.indd 35 13/11/12 22:41

Un poco amedrentado, accedí al despacho, blanco nuclear en las paredes, y me coloqué delante de una incómoda silla de plástico que me dejó frente a la mesa de madera noble y el ostentoso sillón de cuero que ocuparía mi interlocutor.

Antes de sentarnos, me tendió la mano con la palma boca abajo para estrechar la mía con la suficiencia del que sabe que está por encima de ti. Ahora era propiedad de la empresa, firmar el contrato no era más que un trámite.

—Ignacio López Queisada, me imagino —dijo el responsable de personal sin presentarse previamente.

Aunque reconocí el nombre y asentí, no me terminaba de identificar.

—Puedes llamarme Nacho —respondí, sabiendo que era poco probable que tuviera que volver a nombrarme, al menos en mi presencia, y arrancándole un leve gesto de desaprobación por haberme tomado la licencia de tutearle.

Sin contestar a mi impertinencia, el hombre tomó asiento, hurgó en una bandeja colocada de manera perfectamente simétrica con respecto al resto de enseres, y extrajo un par de formularios y el contrato de trabajo. Después me extendió los papeles, intentando un esbozo de sonrisa que parecía estreñirle, y me señaló el lapicero para que cogiese uno de los bolígrafos y los cubriese.

No hicieron falta más palabras hasta que volvimos a levantarnos; me entregó la tarjeta de acceso a la fábrica, volvió a estrecharme la mano con fuerza y regurgitó un insustancial «Bienvenido a Metalpacker».

Lantana-nuevo texto.indd 36 13/11/12 22:41

Lo curioso es que salí del edificio con un entusiasmo muy poco acorde con la frialdad con que la empresa acababa de recibirme.

Faltaban dos semanas para incorporarme a mi puesto de trabajo.

Lantana-nuevo texto.indd 37 13/11/12 22:41

Lantana-nuevo texto.indd 38 13/11/12 22:41

LANTANA
CAPÍTULO DOS

A la mañana siguiente salí del nuevo coma en que me sumí en cuanto llegué a la habitación del hostal, justo a tiempo para darme una ducha e ir a encontrarme con Iván, el agente inmobiliario, en el bar en que nos habíamos citado.

Estaba bastante cerca, así que llegué un rato antes que él y aproveché para desayunar bajo la mirada inquisitiva de los clientes habituales. Parejas de varias edades que compartían mesa, pero nada más, mientras sus hijos correteaban por el local sin ser conscientes todavía de que algún día relevarían a sus padres en sus simulacros de vida. O tal vez sí lo sabían, tal vez incluso ansiaban ocupar su lugar para no romper el ciclo vital de la existencia como paradigma de la oquedad.

Cuando Iván entró en el bar supe de inmediato que era él. Su aspecto no dejaba lugar a dudas; era un espécimen representativo del comercial moderno, con su peinado en semicresta, traje impecable y sin corbata —para darle un aspecto elegante pero informal—, la

Lantana-nuevo texto.indd 39 13/11/12 22:41

expresión jovial y una mirada decidida con la que ejecutó una minuciosa panorámica alrededor hasta dar conmigo.

Se aproximó a la mesa ampliando la sonrisa y me tendió la mano para estrechármela en un gesto opuesto al que me habían obsequiado el día anterior, en las oficinas de la empresa. Su apretón fue cordial, rozando lo amigable, e incluso apoyó la mano izquierda en mi hombro, para realzar su cercanía.

No puedo ocultar que me gustó, que casi lo necesitaba.

—¿Qué tal, Nacho?

—Bien. Supongo que tú eres Iván.

Fue una observación absurda, porque estaba claro que no había adivinado mi nombre ni iba por la vida estrechando la mano a cualquiera que se encontrase.

—Sí, el mismo —contestó el comercial, remarcando de nuevo su sonrisa para hacer que recuperase la comodidad. Hábil en su terreno, no hay duda—. Si te parece, te invito a otro café y después te llevo hasta el edificio.

—Perfecto, si no tienes prisa, por mí vale.

—Ninguna prisa, así me vas comentando un poco qué te ha parecido la ciudad.

A partir de ahí mantuvimos una charla reposada que me sentó muy bien. Era el primer contacto con un tipo de persona al que fácilmente podía identificar, más próximo a mí de lo que había encontrado en mucho tiempo, aunque la suya fuese una actitud impostada.

Iván era un par de años más joven que yo, pero mucho más resuelto, como exige su profesión, y supo ganarme de inmediato.

Lantana-nuevo texto.indd 40 13/11/12 22:41

Estuvo un rato vacilando con el hecho de que aquella mañana había lloviznado y que esto era porque sin duda me había traído conmigo el clima del norte. En Lantana apenas llueve, ni siquiera en invierno. Las noches son muy frías, pero durante el día suele brillar el sol, con independencia de la temperatura que haya. El aire es seco y pesado hasta la extenuación, y los veranos, calurosos e implacables.

En un momento dado, sin que me percatase, pagó la cuenta y me llevó hasta su coche. Yo solo me dejaba hacer, como una adolescente enamorada o ebria. Ya podía endosarme el apartamento más cochambroso de todo Lantana, que estamparía mi firma en el contrato de alquiler con los ojos cerrados.

El edificio se alzaba regio entre las ruinas de lo que en otro tiempo debió ser la parte más desdeñada del núcleo del pueblo; una pequeña aldea dentro de otra.

Iván me aclaró que era la primera de varias construcciones similares que realizarían allí como parte de una gran urbanización. Las destartaladas casas que aparecían dispersas por el lugar ya estaban peritadas para su demolición y a la espera de que el ayuntamiento tramitase todos los permisos para ejecutarla, tras un cambio de gobierno local que había ralentizado el proceso. No tardarían demasiado, porque era un secreto a voces que el nuevo alcalde era una marioneta colocada allí por el comité de la patronal, formado por la ingente cantidad de empresas que llegaban a Lantana a por su pedacito de pastel.

—Me comentaste que necesitabas algo económico, así que pensé enseguida en esta zona, que está en ple-

Lantana-nuevo texto.indd 41 13/11/12 22:41

no crecimiento y lejos del centro, donde los precios de los alquileres se disparan —aclaró Iván.

—Sí, perfecto. Aunque no parece que haya mucho movimiento por aquí —observé.

—De momento, no. De hecho, eres el segundo inquilino del edificio. Solamente vive aquí una mujer con su niña. Te reservé el piso de al lado para que os hagáis compañía mientras se van ocupando el resto de las viviendas.

—¿Vive sola con una niña, tan apartadas del resto del pueblo?

—Sí, pero esto es muy tranquilo y está bien conectado. —Se volvió mientras hablaba para señalar la carretera por la que habíamos llegado—. Por allí ya has visto que en unos veinte minutos nos hemos puesto desde el centro, y si coges el primer desvío a la derecha y sigues recto, llegas hasta la planta de Metalpacker en algo menos de diez.

—Pero no tengo coche. ¿Hay algún transporte público?

—Sí, por supuesto. Tienes un autobús que sale desde aquí cada dos horas, porque del otro lado del edificio está el camino que habilitaron hacia la excavación. Cada mañana verás llegar operarios en el primer coche que viene desde la ciudad.

—¿Estamos tan cerca del desierto?

—¡Sí! —exclamó el comercial con entusiasmo ficticio—. Es más, vamos a subir al piso, porque tu ventana da hacia la parte de atrás y desde ahí puedes ver cómo se abre todo el desierto de Perlada hasta donde te alcanza la vista. Es alucinante. Incluso puedes ver la nave y todas las instalaciones de la perforación.

Lantana-nuevo texto.indd 42 13/11/12 22:41

Accedimos al edificio y subimos en ascensor hasta la octava planta, la última. Iván explicó, sin que preguntase nada, que nos había elegido pisos altos para que disfrutásemos de las vistas, aprovechando que éramos los primeros en llegar, y enseguida añadió que nos mantenía el mismo precio que en las viviendas de las plantas bajas.

Según salimos del ascensor, comprobé que había dos puertas de seguridad, una a cada lado, que daban acceso a los rellanos. En total eran cuatro domicilios por planta.

Nos dirigimos a la de nuestra izquierda. Iván sacó el juego de llaves de su bolsillo para abrir la cerradura, pero comprobó que no estaba echada.

—Vaya, tu vecina es algo descuidada. Te iba a comentar que las normas de la comunidad exigen que se cierre con llave la puerta de seguridad de cada rellano, pero ahora voy a quedar muy mal.

—¿Y quién redactó las normas de la comunidad, si no hay nadie más en el edificio?

—Se encarga una asesoría, la que lleva todo el papeleo y la contabilidad de las cuotas. Cosas de la inmobiliaria —explicó, como si en lugar de referirse a la empresa a la que representaba estuviera mencionando una entidad fantasma, ajena a él.

—Entiendo —asentí.

En principio pensé que no me gustaba la idea de que todo estuviese gestionado por empresas, pero mi reticencia fue atajada de inmediato por mi vena más práctica, que me hizo ver que aquello era una ventaja. Si todos cumplíamos, nos ahorraríamos discrepancias con los vecinos, además de unas cuantas reuniones innecesarias.

Lantana-nuevo texto.indd 43 13/11/12 22:41

Al acceder al rellano, las luces del mismo se encendieron automáticamente, detalle sobre el que llamó mi atención Iván con un par de arqueos de cejas, como si me mostrase por primera vez en mi vida las maravillas de aquella tecnología. Acto seguido, rebuscó de nuevo entre las llaves, abrió la puerta de la derecha y se hizo a un lado para dejarme pasar al que iba a ser mi hogar.

El piso estaba inundado por la luz exterior al completo. Se habían tomado la molestia de abrir todo para que comprobase la buena iluminación que tenía, y lucía un aspecto tan pulcro como la habitación del hostal, solo que parecía incluso más inmaculado al estar casi vacío, a excepción de unos pocos muebles impersonales que aparecían diseminados por las estancias. Una peculiar forma de entender el término «semiamueblado» o de sustituir el «semivacío», que hubiera sido más apropiado. Pero, aunque reparase en ello, tampoco era algo que me preocupara. Ni tenía demasiadas cosas como para llenar armarios y estanterías, ni ganas de hacerlo.

Mi mente venía de vuelta de las explicaciones, intuyendo cada punto débil de mi nueva vivienda, que Iván revertía en ventajas en cuanto creía intuir que había dado con ellos. No lo necesitaba, pero lo agradecía igualmente. Se estaba ganando su salario de un modo admirable.

Tras varios minutos de charlas y explicaciones, me condujo hasta el enorme ventanal del salón y abrió la doble hoja para que pudiéramos asomarnos y contemplar la inmensidad del desierto.

—¿Te das cuenta de lo que te decía? ¿A que son una maravilla de vistas?

Lantana-nuevo texto.indd 44 13/11/12 22:41

—Impresionante —comenté sin pasión.

—¿Verdad que sí? Y fíjate, allí a lo lejos puedes ver la perforadora con la que están trabajando en la prospección del terreno. Eso sí que es clavarla a fondo, ¿no te parece?

Sí lo era. La imponente máquina se erguía en medio del desierto como una violación de la naturaleza, otra muestra de la osadía del hombre que nada tenía que ver conmigo, pero que a la vez representaba un espectáculo visual que no se podía dejar de contemplar con fascinación. Ver el enorme brazo de la máquina moviéndose dentro de su esqueleto metálico, e incluso percibir en la lejanía el ruido que emitía, era hipnotizador.

El primer impulso que tuve fue encaramarme al alféizar de la ventana y precipitarme por ella, como si el aire del desierto fuera tan denso que pudiera nadar sobre él hasta allí para después dejarme absorber por el torbellino artificial del profundo agujero.

Al darme cuenta, me sobrevino un vértigo repentino que me hizo retroceder dos pasos, espantado ante la idea de que el abismo que se abría ante mis ojos me seducía y atraía, invitándome a saltar al vacío.

Iván, que no reparó en mi extraña reacción, se dio la vuelta y continuó con su perorata, guiándome hacia la cocina para cantarme las virtudes del equipamiento de última generación que habían instalado.

Mientras tanto, yo intentaba centrarme en sus palabras y hacía preguntas triviales para no atender al irracional impulso de volver a la ventana y dejarme embargar de nuevo por el influjo de la vastedad del desierto.

Lantana-nuevo texto.indd 45 13/11/12 22:41

Al volver a atravesar el salón para mostrarme el dormitorio, me separé un instante de Iván y cerré rápidamente las dos hojas de la ventana, en un gesto precipitado que no le pasó por alto.

—Sí, mejor cerrarlas, que en esta época refresca mucho —comentó, sin que pareciera haberle dado importancia y sin fijarse en que mi cara había enrojecido—. Y ahora que me lo recuerdas, el panel de la calefacción está detrás de la puerta de la cocina, tienes un termostato en cada habitación…

Mientras continuaba haciendo gala de sus dotes para la venta, pensé que el lugar era ideal para mí, olvidándome al instante de la influencia del desierto, así que al poco me encontré firmando el contrato de alquiler sobre la encimera de la cocina.

—Pues nada, Nacho, bienvenido a Lantana. Si tienes algún inconveniente con el piso, esta es mi tarjeta, puedes llamarme a cualquier hora. El edificio es muy reciente y quizá haya cosas que se tengan que ir revisando, pero no se descubren hasta que uno toma posesión de la vivienda, con el uso.

—¿Puedo quedarme ya con las llaves para ir acondicionándolo, como habíamos comentado?

—Sí, claro. El contrato entra en vigor la semana próxima, pero si quieres puedes venirte ya, tienes la cama y los muebles indispensables.

—Bueno, en principio tengo pagada toda la semana en un hostal del centro, pero sí me gustaría ir trayendo mis cosas con calma.

Antes de que pudiéramos comentar nada más, escuchamos el ruido de la puerta del rellano abriéndose.

Lantana-nuevo texto.indd 46 13/11/12 22:41

—Debe de ser Mari. Ven, que te la presento. Creo que te va a gustar… Ya me entiendes —comentó, mientras me guiñaba un ojo—. Madre soltera, además.

Entendí, claro. Tampoco podría negar el hecho de que sentí inmediatamente curiosidad, porque hubo un tiempo en que estuve muy solo, y la sensación se acompañaba de un deseo palpitante, físico. Nada que ver con la necesidad de interacción humana a niveles sentimentales, aunque esa carencia también estaba ahí, pero era más propensa a hacerse notar al caer la noche.

En estos casos hay que ser cauteloso para no dejar al descubierto las cartas desde el primer momento, como me pasó aquel día. Nada más cruzar el umbral, Iván y Mari se saludaron con lo que a mi parecer fue una excesiva confianza, teniendo en cuenta que solo estaban vinculados por un contrato inmobiliario, y después el comercial procedió a hacer las presentaciones.

—Mari, este es Nacho, vuestro primer vecino.

—Encantada, ya era hora de que fuera llegando gente, porque este sitio resulta un poco siniestro cuando vuelves a casa de noche —comentó la chica sin moverse del lugar en que se había detenido, al lado de la puerta de su piso, y sin hacer ademán alguno de estrecharme la mano o saludar con los dos besos de rigor.

Mari era una chica tres o cuatro años mayor que yo, de unos treinta, pero espléndidamente bien llevados. Lucía una melena corta y ondulada de un castaño a todas luces natural, y tenía la tez morena y unos rasgos marcados que le conferían un indudable atractivo. Vestía de manera informal, con vaqueros y jersey de punto.

Mi vista se apoyó un instante en la suave curva que trazaba su pecho bajo el jersey, y este fue el gesto que

Lantana-nuevo texto.indd 47 13/11/12 22:41

me dejó al descubierto, ya que no le pasó por alto. Pero también hay que decir que no pareció ruborizarle ni ofenderle, simplemente me brindó una mirada que puso de manifiesto que lo había notado. Una mujer consciente del deseo que puede despertar; se veía a la legua que no se amedrentaba con facilidad, aunque tampoco parecía en absoluto dispuesta a ninguna clase de zalamería.

—Un placer conocerte —acerté al fin a decir para salir de la situación con un mínimo de dignidad, aunque creo que incluso pudo añadir algo de perversión al momento, por el tono forzado de mis palabras.

Iván, siempre atento a todo, acudió al rescate.

—Bueno, pues acabo de enseñarle el piso a Nacho y se ve que le gusta. Las vistas le parecen geniales.

—Sí, es un alquiler muy baratito —interpuso Mari, con un deje burlón—. Eso es lo que quiere decir aquí el gran comercial, porque lo que es a mí, el desierto me agobia bastante. Vengo de vivir en la ciudad, creo que me costará acostumbrarme a esto si no empiezan a edificar pronto.

—Tú ni caso, Nacho, que seguro que esta tranquilidad os viene bien. Cuando esté todo urbanizado protestará porque los vecinos le molestan —respondió Iván.

El intercambio de pullas con aquella complicidad resultaba como mínimo peculiar entre dos personas que apenas se conocían. Al menos así me lo pareció, aunque nunca he sido muy bueno en esto de fijar las fronteras de la confianza; me cuesta detectar el punto de no retorno en el que pasas de ser amable a incordiar con tu presunción.

Lantana-nuevo texto.indd 48 13/11/12 22:41

En lo que a mí respecta, aquello rompió mi mal inicio y a partir de ahí solo intercambiamos un par de comentarios más sin relevancia. Después Mari se disculpó, pretextando que tenía que prepararse para ir a buscar a la niña a la salida del colegio, y entró en su piso.

Por su parte, Iván se ofreció a llevarme de vuelta al centro, hasta el hostal.

Comenzaba mi vida en Lantana y, sin que lo supiera por entonces, también se podía decir que por primera vez iniciaba algo que se podía equiparar a una existencia convencional, con ilusiones y perspectivas de futuro.

La vida nos lleva por caminos raros, sin señalizar, esperando que sepamos cómo encararlos, siempre sin opción de volver sobre nuestros pasos. Siempre hacia delante.

Lantana-nuevo texto.indd 49 13/11/12 22:41